

SIN CASI DETENER LA LECCIÓN. RETRADUCIR Y REIMPRIMIR CLÁSICOS EN EL XVIII ESPAÑOL

*Sin casi detener la lección. Retraslating and Reprinting
Classics in the Spanish 18th Century*

Saúl Martínez Bermejo

Universidad Autónoma de Madrid

saul.martinez@uam.es

<https://orcid.org/0000-0002-5740-3893>

RESUMEN

Este artículo analiza una serie de traducciones y ediciones castellanas de autores como César, Salustio, Tácito, Homero, Aristóteles o Plutarco, todas ellas aparecidas en los últimos decenios del siglo XVIII. En conexión con el panorama europeo, se aplica la noción de “retraducción” para explicar no únicamente cambios en las palabras, sino las notables transformaciones del aspecto material de esas nuevas traducciones o ediciones de versiones ya publicadas. Se muestra, en definitiva, que las transformaciones en la disposición de las páginas, la relación visual entre los textos originales y los traducidos, y el tratamiento de las notas son el resultado de una nueva aproximación a los autores clásicos y de cambios en los modos de lectura durante el siglo XVIII.

PALABRAS CLAVE

Recepción, bibliografía material, disposición de la página, traducción, clásicos.

ABSTRACT

This article analyzes a series of Spanish translations and editions of authors such as Caesar, Sallust, Tacitus, Homer, Aristotle, and Plutarch, all of which appeared in the last decades of the 18th century. In connection with the European context, the notion of “retranslation” is applied to explain not only changes in words, but also the notable transformations in the material appearance of these new translations or editions of previously published versions. In short, it shows that the transformations in the layout of the pages, the visual relationship between the original and translated texts, and the treatment of the notes are the result of a new approach to classical authors and changes in reading habits during the 18th century.

KEYWORDS

Reception, bibliography, page layout, translation, classics.

Un joven Montesquieu ridiculizó, en sus *Cartas Persas* (1721), a un rico heredero empeñado en revivir materialmente las condiciones de vida del pasado romano. Dedicado a dilapidar su fortuna en una serie de antigüedades romanas insignificantes, había llegado a vender todos los espejos que cubrían la casa de su tío para adquirir un pequeño espejo roto que perteneció a Virgilio. Su actividad intelectual era también objeto de sátiras. El maltrecho anticuario se «cansa los ojos» leyendo caros manuscritos que prefiere a las ediciones impresas que maneja todo el mundo. Peor aún, el resultado son irrisorias disertaciones sobre «que la corona que entregaban antiguamente a los triunfadores era de encina y no de laurel» o «que Cambises fue herido en la pierna izquierda y no en la derecha»¹. Ejemplo, en suma, de lo que Montesquieu consideraba una servil erudición y una relación estéril con el mundo griego y romano.

La figura literaria del anticuario ridículo puede encontrarse, como recordó Rosemary Sweet, desde el siglo XVI hasta pasado el siglo XVIII². Jonathan Oldenbuck, personaje central de *The Antiquary* de Walter Scott (1816), mantenía correspondencia con la mayoría de «*virtuosos*» de su época, que al igual que él «leían inscripciones ilegibles, y escribían ensayos sobre medallas en una proporción de doce páginas por cada una de las letras de la leyenda»³. Como en Montesquieu, la atención al detalle más nimio conducía a un «modo incivil» de discusión. Y al igual que el rico heredero, Oldenbuck tenía una confianza estúpida en los viejos manuscritos, como muestran sus intentos por impugnar las traducciones de John Bellenden de la historia de Escocia de Hector Boece (1536) con la autoridad de «un viejo retal de pergamino que ha salvado de su merecido destino de ser cortado para medidores de sastres»⁴.

En otra escena dirigida contra la erudición, Montesquieu critica los excesos del comentario. Usbek visita una biblioteca y a la vista del gran número de comentarios bíblicos pregunta sorprendido si «¿quedan todavía algunas dudas?»⁵. Los libros de los gramáticos, los glosadores y los comentaristas del derecho no salen mejor parados en las reflexiones del visitante persa y el sabio que le guía:

- ¿No pueden dispensarse todos esos autores de tener sentido común?
- Sí que pueden —me respondió— y así lo hacen, sin que sean por eso peores sus escritos: cosa muy cómoda para los escritores⁶.

Montesquieu muestra un claro afán por simplificar y establecer una relación directa con el sentido común —*bon sens*—, despojado de intermediarios librescos y eruditos.

¹ Montesquieu, *Cartas persas*, carta 142, pp. 292-294.

² Sweet (2001: 182). Sweet refiere aquí a la obra de Piggot (1989).

³ Scott (1816: vol. 1, c. 2, pp. 32-33).

⁴ Scott (1816: vol. 1, c. 5, p. 109).

⁵ Montesquieu, *Cartas persas*, carta 134, p. 275.

⁶ Montesquieu, *Cartas persas*, carta 135, p. 277.

Oldenbuck, en cambio, representa la postura exactamente contraria. Aunque deseoso de publicar sus trabajos, el anticuario se proponía confeccionar una serie de «notas críticas e históricas en cada canto» de la supuesta épica que escribiría Lovel, su joven interlocutor. El texto en verso no era de su interés, pero pretendía completarlo con notas «buenas» y «completas», a las que se añadiría un apéndice sobre los usos de los *castra*. Oldenbuck suponía que su trabajo era el que podía «dar valor» y «ayudar a un texto indiferente» y esperaba además una oportunidad para introducir en esas notas correcciones a las distintas historias canónicas de Escocia⁷. Elegía, en suma, el camino más intrincado posible para exponer sus propias ideas.

Los ataques de Montesquieu se dirigen también a un traductor de autores clásicos. El personaje, que acaba de dar a Horacio al público, choca en el Pont Neuf con un geómetra. Informado este segundo de la dedicación del primero, le espeta «¿hace veinte años que no piensa? ¿Usted habla por los demás y ellos piensan por usted?». Montesquieu profundiza así en la cesura entre las profesiones de lo textual y el pensamiento, caracterizado éste como actividad independiente. El traductor se defiende, a duras penas, aduciendo su «gran servicio al público». El geómetra reconoce alguna mínima utilidad a tal labor, pero vuelve a la carga afinando aún más la crítica. El problema no está en los autores recuperados, sino en la falta de alma:

Dice usted que quiere que estos ilustres muertos vuelvan a convivir (*faire renaitre*) con nosotros, reconozco que usted les proporciona un cuerpo, pero no les devuelve la vida: siempre falta un alma (*esprit*) que los anime⁸.

La cuestión no es la muerte de los autores griegos y latinos, sino la incapacidad para identificar su *esprit*. ¿En qué podía cifrarse ese renacer? ¿Cuál es el método de lectura con que se animarían las enseñanzas que albergan los buenos autores? Sabemos que Montesquieu era un sólido lector de clásicos⁹ —así los llamamos nosotros, él aún «muertos ilustres». Conocemos también que tales autores estaban ya publicados: «hace dos mil años» enfatizaba el geómetra con respecto a Horacio. El problema no era entonces publicarlos. Ni darlos a conocer. Como es obvio por el tono crítico contra los comentaristas, no se trataba de multiplicar o mejorar la labor humanista acumulada durante ya dos largos siglos. Ni siquiera parece que fuese necesario enfrascarse en la lectura de manuscritos prístinos. Para Montesquieu era necesario un nuevo modo de relación con ese conjunto de textos heredados de la Antigüedad. Un modo de lectura en que el pensamiento pasase a primer plano por delante de la traducción, de la erudición y del comentario.

⁷ Scott (1816: vol. 1, ch. 14, p. 309): «[...] I'll annihilate Ossian, Macpherson, and Mac-Cribb.»

⁸ Montesquieu, carta 128, pp. 264-265.

⁹ Ver, entre otros, Volpilhac-Augier (1983).

Esta actitud de renovación no es una propuesta personal de Montesquieu, sino una muestra de la profunda necesidad de ciertos pensadores, literatos y eruditos del siglo XVIII para retraducir, reeditar y encontrar una nueva manera de leer y usar los textos griegos y romanos. Este artículo examina la conexión entre las traducciones de clásicos y su presentación y disposición material a lo largo del siglo XVIII, haciendo especial énfasis en aquellas publicadas en castellano. Numerosos pensadores franceses del XVIII, de Montesquieu a Raynal o a Mason de Morvilliers en su *Encyclopédie Méthodique*, en su esfuerzo por delinear nuevas formas de relacionarse con el pensamiento, dibujaron a los españoles con actitudes, pasiones e instituciones anticuadas. No obstante, los editores y traductores españoles también dieron respuesta a los cambios sobre la lectura y edición de clásicos, en reacción y en comunicación con la República de las Letras. Como mostraré en este artículo, la nueva presentación de las traducciones y la consolidación de ciertos principios de edición filológica de los clásicos no se detuvo en fronteras lingüísticas, sino que se estandarizó casi a nivel europeo. Analizaré la presentación editorial de varias traducciones y reimpressiones españolas de Salustio, Tácito, César, Homero o Aristóteles, aparecidas todas ellas en el último cuarto del siglo XVIII, con el fin de describir una modalidad particular de «retraducción». Propongo aquí que la actividad de trasvase entre lenguas se debe concebir como un eslabón más dentro de la cadena de decisiones editoriales que contribuyen a dotar de sentido a los libros, con particular atención a la disposición material de los textos.

Esas conexiones entre el trabajo intelectual y las labores editoriales han sido reevaluadas en los últimos cincuenta años. En paralelo a las múltiples historias de la traducción como fenómeno lingüístico, cultural o político¹⁰, las discusiones sobre el carácter histórico de la «bibliografía» —como disciplina que debe superar la mera descripción de los ejemplares— y las aproximaciones desde la historia de la lectura, la recepción y la imprenta han contribuido a subrayar la interrelación entre el proceso de construcción del sentido del texto y las características materiales del libro que lo transmite. Donald McKenzie propuso que los bibliógrafos debían mostrar que «las formas afectan al significado» y que la historia del libro debía incluir las «razones por las que los textos fueron escritos y leídos como lo fueron, por qué fueron reescritos y rediseñados o se los dejó morir»¹¹. En la introducción a la edición italiana de sus famosas lecturas Panizzi, en 1985, McKenzie subrayó más claramente que la crítica debía prestar atención a los «elementos visuales, hasta ahora ignorados, de los propios libros». Esto incluía el estudio de las convenciones editoriales a la hora de escoger un «formato y un estilo tipográfico consonante con el argumento del libro» y otras decisiones sobre la disposición del texto¹².

¹⁰ Venuti (2008); Burke y Po-Chia Hsia (2007); Lafarga y Pegenaute (2004); Ruiz Casanova (2018).

¹¹ McKenzie (1999a: 29).

¹² McKenzie (1999b: 13).

En oposición a los comentarios eruditos sobre identificación de las costumbres, lugares, personajes, fechas, monedas, ritos y otros elementos del texto, a lo largo del siglo XVIII se propuso una lectura que accediese primordialmente a las cualidades literarias y filosóficas del texto, a su belleza y su profundidad. Tras las ediciones con lecciones varias de distintos manuscritos, apareció una nueva demanda de ediciones correctas pero también elegantes, en las cuales los avances acumulativos de los distintos editores humanistas se condensaran en un texto claro y depurado. El trabajo acumulado previamente era precisamente el que hacía posible las aspiraciones, ahora explicitadas, de publicar un libro definitivo, de concentrarse en la disposición minuciosa de cada uno de los caracteres para ofrecer al público una obra libre de errores. La sugerencia no dejaba de ser polémica y no acababa por completo con la lectura erudita y el trabajo de colación de manuscritos, pero sí que estaba sostenida por la demanda de un cierto público.

Este nuevo impulso se combinó a partir de mediados de siglo con la carrera por producir ediciones cada vez más elegantes en toda Europa. En un contexto de creciente interconexión comercial en los mercados del libro, la producción de ejemplares suntuosos en grandes folios de calidad y con caracteres amplios y espaciados expresó la competición para defender el prestigio de determinadas academias, universidades y dinastías reinantes. José de Goya y Muniain, director de la Real Biblioteca, lo expresó con claridad al recordar en 1798 que «los Impresores más célebres de Europa, sin reparar en gastos, aunque mas escesivos fuesen, han echado el resto de su habilidad y caudal en imprimir los Comentarios de César como ellos lo merecen» y subrayaba, entre otras, la «costosísima y magnífica» de Londres de 1712 (impresa por Jacob Tonson) y la «riquísima y bellísima de Glasgow de 1750» (de los hermanos Foulis)¹³. La edición y traducción de unos textos que comenzaban entonces a identificarse como «clásicos» sirvieron como escaparates de la naciente nación y otras corporaciones preexistentes¹⁴.

La *Dissertation on reading the classics* de Henry Felton (1679-1740) contiene una serie de recomendaciones de lectura de los clásicos en sus lenguas originales. La novedad de la propuesta, escrita en 1709 y publicada en 1713, se aprecia en el uso pionero del término «*classic*» como sustantivo con sentido propio, sin necesidad de actuar como determinante¹⁵. Felton, que había sido educado en la prestigiosa escuela de Westminster y trabajó prácticamente toda su vida como capellán y tutor de los hijos de los duques de Rutland, se mostraba de entrada contrario a la «pompa de citas» y a la «ostentación del saber». Opuesto, como también indicará Montesquieu poco después, a los pedantes que mantenían la letra pero «perdían el espíritu»¹⁶.

¹³ Goya y Muniain, «Prólogo» a *Comentarios de Julio Cayo César*, p. LVII.

¹⁴ Iñurritegui y Pardos (2025).

¹⁵ Settis (2006).

¹⁶ Felton, *A dissertation on reading the classics*, «Preface», pp. III y X.

Felton reconocía que sus indicaciones de lectura podían sonar aún algo extrañas. En particular, por su oposición al uso de lugares comunes (*common places*); esto es, a la división de los pensamientos de un determinado autor y la colocación de los extractos obtenidos bajo distintos epígrafes, ordenados alfabéticamente para su futuro uso en composiciones propias¹⁷. Frente al método de lectura de los autores griegos y romanos más común durante los siglos XVI y XVII, Felton consideraba que los que leían así carecían de sentido común (*common sense*). Al igual que en Montesquieu, la búsqueda del sentido frente a la precisión o la obsesión excesiva con las palabras guía todas las recomendaciones ulteriores. El blanco de Felton eran aquellos que, como el traductor de Montesquieu, «no tienen nada que decir por sí mismos»; los equivocados «coleccionadores de sentido que creen que pueden escribir sin pensar»¹⁸.

El método alternativo propuesto por Felton consiste en una lectura que «entra en los pensamientos» de los autores clásicos para que el lector se «embeba con su sentido», denostando la imitación, la copia y la transcripción¹⁹. Felton se queja además de los críticos capaces únicamente de colacionar manuscritos y apunta hacia un uso de ediciones más limpias, huyendo de los comentarios y las lecturas alternativas innecesarias²⁰. Todo ello se sustancia en una queja general sobre el

método de aprendizaje actual, tomado de la multitud de notas y comentarios que no dejan espacio a los autores y dejan perplejo al lector. Debo reconocer que no tengo el respeto por la compañía de anotadores que generalmente recibe en el mundo [...] Por esta misma razón el celebrado doctor Busby [Richard Busby, maestro de Felton en Westminster School] prohibía estrictamente el uso de notas, y para nuestros autores griegos y latinos no teníamos nada más que el texto sencillo en una edición correcta y casta²¹

Las recomendaciones del teólogo inglés eran más concretas si cabe que las de Montesquieu. Sugerían la necesidad de un nuevo objeto material que pudiese satisfacer las necesidades de esos nuevos propósitos de lectura. Más allá de las ediciones impresas comúnmente aceptadas de Montesquieu, Felton se refería específicamente a una versión simplificada, limpia de comentarios. La corrección era imprescindible, pero también un cierto sentido de contención que hiciese esos libros aptos para una conexión más directa con el sentido general de las obras.

La historia del libro y la lectura ha prestado una atención creciente a la relación entre usos lectores, actividad intelectual y productos editoriales. Robert Darnton, en un artículo pionero revisitado en 2007 para añadir las consideraciones de Thomas R.

¹⁷ Blair (1992); Moss (1996); Goyet (1996); Havens (2001); Castillo Gómez (2001-2002).

¹⁸ Felton, *A dissertation*, p. 42.

¹⁹ Felton, *A dissertation*, p. 45.

²⁰ Felton, *A dissertation*, p. 46.

²¹ Felton, *A dissertation*, p. 56. Referido, pero no confirmado, en Rusell Barker (1895: 45).

Adams y Nicolas Barker, trató de establecer un modelo que fuese capaz de dar cuenta de las múltiples interconexiones del proceso comunicativo en el que los libros se producen y reciben²². Anthony Grafton ha subrayado recientemente esa misma conexión entre las aproximaciones eruditas y artesanales al estudio del pasado, las «combinaciones entre práctica y *habitus*» y las exigencias físicas del trabajo con los textos²³. Y la decimoquinta conferencia sobre historia del libro de Saint Andrews (2025) ha dedicado sus esfuerzos a estudiar la participación de los «editores» en los libros²⁴. Los casos que aquí estudio, del Salustio rico de 1772 a las traducciones del José de Goya y Muniain, ofrecen un ejemplo particular de esas conexiones.

En 2010 Marcus Walsh recordaba que el formato físico de los libros está siempre relacionado con «divisiones intelectuales y sociales», pero señalaba específicamente un particular episodio de las guerras entre antiguos y modernos: la oposición entre el «humanismo del aristócrata o el caballero y el del filólogo erudito»²⁵. Los ejemplos con los que Walsh ilustra el gusto aristócrata por libros más sencillos incluyen tanto nuevas traducciones vernáculas como ediciones en griego o latín. Destacó entre ellos la traducción de Virgilio en verso por John Dryden (1697), aparecida en un volumen en folio sin ninguna anotación, con una fuente grande y muy legible y numerosos grabados en cobre²⁶. Walsh también analizó el Virgilio latino de John Baskerville (1757), en cuarto pero nuevamente sin anotación de ningún tipo, y que destacaba tanto por los caracteres innovadores de Baskerville como por el novedosísimo papel vitela (*wove paper*)²⁷. Uno de los poemas laudatorios de la traducción inglesa de Dryden ejemplifica bien las conexiones entre el formato y las nuevas aspiraciones de sus lectores. Se alaba la nueva traducción frente a un texto bárbaramente «profanado» y al que se ha arrebatado su sentido. También frente a las traducciones en prosa baja que le despojan de su «fuerza y su belleza». Y se recuerda que «a través de los laberintos de los comentarios» de los pedantes «no aprendemos lo que Virgilio escribió sino lo que ellos leyeron»²⁸.

Nicolas Barker identificó una tendencia a la simplificación de las prensas británicas apreciable desde 1710 y que había sido transmitida por hugonotes franco-holandeses. Esta tendencia se definía por usos tipográficos más sencillos y estandarizados, entre otros en el empleo de negrita, cursiva o mayúsculas²⁹. A mediados del siglo XVIII, el

²² Darnton (2007).

²³ Grafton (2020: 28).

²⁴ Cullen, Maclean y Weduwen (2025).

²⁵ Walsh (2010).

²⁶ *The Works of Virgil: Containing his Pastorals, Georgics, and Aeneis. Translated into English Verse; by Mr. Dryden. Adorn'd with a Hundred Sculptures* (Londres, Jacob Tonson, 1607). Incluye una vida de Virgilio entre los preliminares.

²⁷ *Publii Virgilii Maronis Bucolica, Georgica et Aeneis*. Birminghamiae: Typis Johannis Baskerville, 1757.

²⁸ «To Mr. Dryden, on his Excellent Translation of VIRGIL», en *The Works of Virgil ... Translated into English Verse; by Mr. Dryden*, sign. †.

²⁹ Barker (2010). Ver también Barker (1981).

cambio de panorama es ya evidente. En el Edimburgo ilustrado, la edición de Virgilio por Hamilton y Balfour (1743) destacaba por un uso sobrio del espacio en blanco y los caracteres³⁰. En Glasgow, brillaba la imprenta de los hermanos Robert y Andrew Foulis, con sus ediciones en folio de Horacio (1744) y Homero (1756-1758)³¹ y otras señaladas producciones, que incluían también algunas traducciones al inglés de autores clásicos y formatos más pequeños destinados a los estudiantes de la universidad. Los hermanos Foulis son parte de esa tendencia al organizar las páginas de una manera «consciente y contenidamente elegante», con mayor espacio entre caracteres e interlineados equilibrados.

Los Foulis produjeron esas ediciones estimulados por los premios propuestos por la Royal Scottish Society, lo que demuestra que el impulso a la edición no era solamente empresarial (y que en ocasiones los resultados no eran especialmente rentables). Se trataba de una apuesta también política, pues los libros así editados eran objetos representativos y de corte casi diplomático³². Tanto los premios como las alabanzas a los resultados fueron numerosos. La *Monthly Review* de octubre de 1757 destacaba la «belleza del papel y los caracteres y la corrección de la obra», señalando que la edición de Homero había superado a todas las aparecidas anteriormente. Lord Hardwicke escribió de su Cicerón de 1750 que «honraba a la imprenta escocesa», la que «más bellamente imprimía en Europa»³³. Muchos de los volúmenes salidos de la imprenta de los Foulis fueron publicados a expensas de la universidad, algunos de cuyos profesores se enorgullecían de poder «desafiar a toda Europa a producir libros más correctos y más elegantes»³⁴. Elegancia y corrección eran los valores que sobrepasaban a la anterior edición comentada.

La nueva configuración de los libros de autores griegos y romanos encajaba con las preferencias lectoras y competía con la de las ediciones de muchas décadas anteriores, que en ocasiones aún estaban disponibles. El bibliófilo confeso Edward Hardwood publicó en 1775 un catálogo de las ediciones más importantes de los textos clásicos con sus propias notas, incluyendo ediciones desde el comienzo mismo de la imprenta. Si bien Hardwood reconocía el valor de los comentarios y observaciones de los críticos en el establecimiento de esos textos clásicos, afirmaba que «un texto correcto, y una puntuación juiciosa, valen más que diez mil notas»³⁵. Insistía en la misma idea con la metáfora del mapa más correcto, superior a «diez mil imprecisos e imperfectos», y afirmaba que la utilidad de su obra era ofrecer una lista completa, «en particular de las

³⁰ Beavan y McDougal (2010). Ver también Gossman (2000).

³¹ Homero, *Tes tou bomeron illiados*.

³² Ver Murray (1913: 80).

³³ Moss (2011: 349).

³⁴ Carta de William Rouet, profesor de historia civil y eclesiástica en Glasgow, al librero londinense John Nourse. Cit. en Brown y McDougall (2011: 164).

³⁵ Hardwood, 1775, «preface», pp. v-vi.

ediciones *modernas* de los escritores griegos y romanos» (cursiva en el original)³⁶. Sobre la edición del Homero de los Foulis en 1758 subrayaba, utilizando los criterios de juicio habituales en la época, su «precisión y magnificencia» y otras muchas de sus recomendaciones confirman los cambios en la apreciación de las ediciones clásicas.

En español, destaca entre todas las obras clásicas impresas en el siglo XVIII el conocido como «Salustio rico», capaz de rivalizar con esas ediciones suntuosas, elegantes y corregidas que estaban apareciendo en distintos puntos de Europa. La traducción del infante Gabriel de Borbón, aparecida en 1772 en las prensas de Joaquín Ibarra, fue reconocida desde su publicación como uno de los libros más cuidados de los impresos en España³⁷. Uno de los elogios más extensos del libro apareció en el prólogo del *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles* publicado por Juan Antonio Pellicer y Saforcada en 1778, que dedicaba un espacio privilegiado a la «elegante traducción de Salustio». La precisión de la traducción y la exactitud del lenguaje son tan apreciados como la composición del texto bilingüe sobre las páginas del libro:

se descubre la Obra, impresos juntos el texto y la versión, ocupando esta el primer lugar, y aquel, dividido en dos columnas, la parte inferior de la plana: resolución prudente y acertada, para que de este modo pueda juzgar el Lector fácilmente de la conformidad de la traducción, y hallar clara y pronta luz para resolver las dudas, y allanar las dificultades del original, ayudándose de las selectas y oportunas notas que para mejor inteligencia y justificación de la versión añade S. A. al fin³⁸.

El cuerpo de página queda así ocupado por el texto español y un pie en el que se distribuye en dos columnas el texto latino y que permite una lectura simplificada, en la que pudiese resolverse de modo rápido cualquier duda sobre el texto castellano (ver Imagen 1 en Apéndice). Resulta evidente que la particular posición social del infante explica en parte la atención que Pellicer dedicaba a la obra. No obstante, el libro tenía algunas características materiales que destacaban por sí solas, tales como «la suntuosidad de la impresión y el primor de las láminas, medallas y otros adornos que la hermosean»³⁹.

El material incluido en las notas es descrito como «selecto y oportuno» por Pellicer, si bien se trata de cuarenta y cinco páginas colocadas al final de la traducción y que contienen incluso algunos grabados explicativos. Gabriel de Borbón intentó transmitir una sensación similar de restricción, indicando en el prólogo que había añadido «algunas notas, que me han parecido oportunas» y subrayando que no deseaba «acumular erudición, sino dar luz para la mejor inteligencia de varios lugares». Esto es, que se

³⁶ Hardwood, 1775, «preface», p. ix.

³⁷ Olachea Labayen (1997: 100-101).

³⁸ Pellicer y Saforcada, 1778, «Al lector», p. 1.

³⁹ Pellicer y Saforcada, 1778, «Al lector», p. 2.

limitaba a trabajar sobre las dificultades del texto. En ese mismo prólogo, el infante imaginaba asimismo una lectura con pocas interrupciones. El objetivo de su traducción era que los españoles que desconociesen la lengua latina pudiesen «leer y entender sin tropiezo»⁴⁰, y se cuidaba que el formato y la disposición contribuyesen a facilitar el acceso al sentido de la obra.

Los ciento veinte ejemplares de presentación cuidadosamente encuadernados contribuyeron a la fama de este libro, que aspiró a posicionar a la monarquía y la nación españolas a la altura de sus rivales en todo el continente. Era un signo de los intentos por revertir el panorama poco brillante de la traducción de clásicos al español a estas alturas del siglo XVIII. La obra se alineaba así con los esfuerzos generales para el fomento de la imprenta y los programas particulares para promover la enseñanza del griego clásico y sus traducciones, punto en el que España también aparecía retrasada con respecto a Italia, Francia o Inglaterra⁴¹.

Esta publicación generó una renovada demanda por el texto de Salustio, lo que seguramente explica la reimpresión en 1786 de la antigua traducción de Emanuel Sueiro. Manuel González explicaba en su prólogo como editor que se trataba de una obra «de cuya utilidad carecía la Nación por haberse hecho bastante rara». El libro en cuarto, relativamente modesto, contenía una única lámina en la que se retrataba a Salustio y Cicerón y reproducía exactamente el texto y las apostillas marginales impresas de la traducción original (Imagen 2). Se mantuvo también el orden de las obras de Salustio, primero la *Guerra de Yugurta* y después la *Conjuración de Catilina*, que era el contrario al de la edición de 1772.

La disposición de las páginas de 1786 se adaptó, sin embargo, al gusto de la época, con mayores márgenes blancos y con una tipografía de cuerpo notablemente menor para las apostillas (Imagen 3). La puntuación y la ortografía se modernizaron, aligerándose algo la primera y sustituyendo las grafías antiguas por modernas («ç» por «z», «v» vocálica por «u», doble ese alta por «s» baja, tildes, etc.). El editor retiró asimismo la «Tabla de cosas notables» existente en las ediciones de 1615 y 1632, en la que además de nombres propios se encontraban entradas como «Exercicios del alma, y cuerpo» o «Fidelidad de los españoles». En su prólogo de 1786, consciente de la conexión entre las propiedades físicas del libro y el sentido del texto, González señalaba: «En quanto á la hermosura, correccion de la impresion [...] se ha puesto el posible esmero, llevando la mira de servir dignamente al Público, y de que todo corresponda á la bondad intrínseca de la obra»⁴². En 1796 apareció una «tercera edición» en la imprenta real, pero exacta a la de 1786. Incomparables al Salustio de 1772, estas dos reediciones no dejan de ser ejemplo de los cambios en la presentación de los clásicos.

⁴⁰ *Obras de Cayo Crispo Salustio en Español*, «Prólogo».

⁴¹ Ver Infantes, y Botrel (2003: 269-270 y 275-282); Gil Fernández (1976 y 1995); y un panorama reciente y completo en Guillermo Galán (s. d.).

⁴² *Salustio traducido en castellano*, «prólogo del editor, s. p.

Fruto de esta notable popularidad, en 1799 Juan Facundo Caballero propuso al secretario de Estado Francisco Saavedra otra reimpresión de la traducción del infante don Gabriel en formato más pequeño y con una única lámina. Se trataba de «hacer común una traducción que todos desean, y no pueden tenerla por lo raro y excesivo precio a que se vende la grande». Es más, se sugería que para las obras «de esta clase» se podría hacer regularmente dos ediciones, una grande y otra pequeña⁴³. Esta reedición de la versión del infante vio finalmente la luz en dos volúmenes en octavo, publicados en 1804 por la imprenta real con una disposición en la que el texto latino en cursiva ocupaba la mitad inferior de la página (Imagen 4). Se retiraron además todas las notas y se simplificó el prólogo suprimiendo la alusión a las mismas, lo que potenció la apariencia de un texto bilingüe completamente limpio de intermediaciones. Observadas conjuntamente, las cuatro ediciones de Salustio aparecidas entre 1772 y 1804 muestran las nuevas aproximaciones a la presentación física de la traducción, acordes con un nuevo modelo de lectura (imágenes 1-4).

Esta explosión editorial en torno a Salustio es, no obstante, paradójica. Goya y Muniain calificaba la traducción del infante impresa por Ibarra como «real dechado» tanto por su presentación como por sus ideas acerca de la traducción y de la lengua castellana⁴⁴. La traducción del infante era además mucho más apropiada en su empleo del vocabulario político propio del siglo XVIII y acercaba más el texto al pensamiento de su época. Donde Sueyro traducía «imperio», por ejemplo, Gabriel de Borbón usaba «mando» y las «cosas de su ciudad y de la guerra» se convertía en el moderno «policía y guerra». Sin embargo, la demanda creada por la nueva versión del infante Gabriel de Borbón no se explica únicamente por la calidad de su traducción, puesto que la vieja traducción de Emanuel Sueyro también pudo satisfacerla, como demuestran las ediciones de 1786 y 1796. Parece posible aventurar, por tanto, que los editores de fines del XVIII estaban dispuestos a arriesgarse con un texto de léxico anticuado al tiempo que ponían su empeño en producir páginas claras y espaciosas, intentaban minimizar las notas y abandonaban los índices que permitían una lectura no lineal o fragmentaria del texto.

Salustio no fue un caso aislado, pues otros editores y traductores también se posicionaron en el nuevo contexto, como muestran los cuatro volúmenes de las obras completas de Tácito publicadas por Cayetano Sixto y Joaquín Ezquerro en 1794. Esta edición incluía una «Breve historia de las traducciones de Cornelio Tácito», un paratexto prácticamente obligatorio en una traducción de la época. Los otros dos componentes paratextuales —la biografía del historiador latino y el repaso a las múltiples ediciones y comentarios filológicos previos— eran también parte del procedimiento filológico estandarizado para prologar una traducción a estas alturas del XVIII. Sixto y Ezquerro

⁴³ AHN, Consejos, leg. 11283, n. 35. Cit. en Barrena, Blas, Carrete y Medrano (2004: I, 119-354).

⁴⁴ *Comentarios de Cayo Julio César*, «Prólogo» de José Goya y Muniain.

comentan, de hecho, el «método con que debe trabajarse con utilidad *en este ramo* [nótese la demarcación de una disciplina], que es indagar el orden, como si dijéramos, genealógico, de las ediciones, y observar los adelantamientos sucesivos sobre ellas»⁴⁵. Esa clasificación de las ediciones anteriores y sus variantes es también un cordón umbilical de unión con la república de las letras europea, con los distintos filólogos franceses, italianos y sobre todo ahora alemanes. Sixto y Ezquerria aplauden específicamente el trabajo del teólogo alemán Johann August Ernesti, maestro de filólogos y editor de Cicerón, Salustio, Tácito y otros autores griegos.

El repaso generaba igualmente una clara conciencia del grado de perfección alcanzado en la corrección y enmienda del texto de Tácito (y de otros «autores clásicos latinos»). Sixto y Ezquerria se preguntaban retóricamente «¿Qué puede hacerse ya para mejorar sus ediciones?» Y su respuesta apuntaba en gran medida hacia el formato: no quedaba más que «cuidar de la corrección, exactitud y hermosura»⁴⁶. Como ocurría con otras muchas impresiones de clásicos en la segunda mitad del XVIII, tanto en las imprentas españolas como las de otros lugares de Europa, el texto podía considerarse lo suficientemente correcto como para centrar los esfuerzos en la consecución de libros bellos y claros. La reproducción de un texto sin erratas y la creación de un objeto material admirable centraban los esfuerzos de aquellos que consideraban suficientemente buena la labor filológica y humanística realizada en los siglos anteriores.

La conexión de Sixto y Ezquerria con los gustos editoriales del momento no se limitaba sin embargo al mero aspecto físico, sino que compartía fundamentos más profundos. Su edición bilingüe de Tácito en cuatro volúmenes sintoniza bien con las incomodidades, incomprensiones y reacciones de Usbek. En primer lugar, por su aborrecimiento respecto al comentario. Sixto y Ezquerria criticaron en sus preliminares el exceso de comentaristas que habían trabajado sobre Tácito, señalando que lo habían «abrumado» de «observaciones, reflexiones y comentarios, y le hicieron decir cosas que él nunca había pensado». Al igual que otros aspectos de la crítica, esta diferenciación entre el pensamiento del original y la lectura de los comentaristas se asemeja mucho a la postura de Felton.

Ese género de comentarios del siglo anterior se caracterizaba además por su presentación abigarrada, de la que son un muy buen ejemplo los *Commentarios políticos a los Annales de Cayo Vero Cornelio Tacito* de Juan Alfonso de Lancina (1687). Las páginas de esta obra de Lancina presentan en dos columnas paralelas un breve extracto del texto latino y su traducción, reservando para el extenso comentario todo el ancho de la página y al menos toda la mitad inferior de la misma (imagen 5). En una proporción que recuerda a la irónica presentación de los *virtuosi* con que se correspondía Oldenbuck, el comentario del primer libro de *Annales* se convierte en una obra de más de quinientas

⁴⁵ Tácito, *Obras*, vol. I, pp. XIX-XXVIII y 21-32.

⁴⁶ Tácito, *Obras*, vol. I, p. xx.

páginas. Al final del libro se incorpora un índice de materias que permite acceder a los contenidos mediante una lectura no lineal, pues cada término recogido en el índice remite a una sección dentro de uno o más comentarios.

Este es un ejemplo extremo del género, pero muchas de las ediciones comentadas del largo siglo XVII compartieron esos rasgos. El texto original, a menudo en una letra menor, quedaba rodeado por los comentarios y, como señaló Anthony Grafton, «las voces de los comentaristas en discusión amenazaban con ahogar la suave monotonía del texto original»⁴⁷. No sabemos si Sixto y Ezquerria tenían a Lancina en mente, pero se propusieron una clara operación editorial de revisión y limpieza. Resulta muy interesante, sin embargo, que no se planteasen traducir el texto nuevamente. Nos encontramos así ante una especie de retraducción sin retraducir, materializada sobre todo en una *mise en page* simplificada (imagen 6).

Frente a las complejas disposiciones de las ediciones con comentarios características del siglo XVII, la edición de Sixto y Ezquerria situaba el texto castellano en el cuerpo de la página y reservó el pie para el latín, separado por un filete y en letra redonda de cuerpo algo menor. Esta particular manera de presentación fue la más habitual en las numerosas ediciones bilingües de los clásicos de las últimas décadas del siglo XVIII. Con los nuevos paratextos, el aspecto físico de los cuatro volúmenes aproximaba la obra a las expectativas de los lectores del XVIII. Se escogió, también por su supuesta claridad, la antigua traducción de Carlos Coloma, pero los editores tuvieron que conformarse con mantener la *Germania* y la *Vida de Julio Agrícola* en la traducción, mucho más parafrástica y extendida, de Baltasar Álamos de Barrientos.

Igualmente importante era desactivar el método de lectura que propiciaba —o sobre el que se basaba— ese afán comentarista. Había que dejar de leer para comentar. Según Sixto y Ezquerria, no se debía, «creyendo con Justo Lipsio, que hay un misterio oculto en cada palabra, dar campo á nuestra imaginación, ostentando ingenio y erudición pedantesca». Se proponía por tanto un abandono completo del método de lectura previo y un contacto más simplificado con la traducción y el texto latino, como ya hiciese Montesquieu.

Sorprendentemente, Lipsio, figura triunfal del humanismo del XVI y alabado entonces por toda la República de las Letras, es ahora objeto de críticas. Estas no son únicamente estilísticas, sino que se refieren también a su búsqueda constante de conceptos. Críticas muy parecidas habían sido ya propuestas por Manuel Valbuena en el prólogo a su traducción de Julio César. Para Valbuena, que enseñaba poética y retórica en el Real Seminario de Nobles de Madrid, los «defectos tan notables» del humanista flamenco eran su «afectación», «su anhelo por las sentencias y conceptos buscados de propósito», su falta de «fluidez y naturalidad» y en general su estilo cortado, opuesto

⁴⁷ Grafton (1999: 115).

a la «sencillez» de los «más clásicos autores» latinos.⁴⁸ En esta valoración se mezcla la preferencia por el latín ciceroniano, con una apuesta por la sencillez en la propia interpretación y lectura de los textos, sin buscar en ellos más de lo necesario.

Este es el programa que se materializa en el último cuarto del siglo XVIII. Animados por el ya mencionado impulso oficial a la imprenta y por la escasez de algunas traducciones (en especial del griego), distintos autores y editores introdujeron una serie importante de cambios en la edición de clásicos, en particular en la edición de sus traducciones vernáculas. Idealmente, el texto correcto debía aparecer acompañado únicamente del original latino en el pie, para así abrir la puerta a una lectura que favoreciese la comprensión del sentido original, sin intermediarios, y que desvelase su verdadero espíritu. Los resultados finales fueron más variados, tanto por las condiciones efectivas de la producción como por la coexistencia con otras aproximaciones intelectuales menos contrarias a la «pedantería» o la erudición.

La relación con las notas al pie fue, por ejemplo, contradictoria, pues se trató de minimizarlas o postponerlas al final de las obras, pero no desaparecieron por completo. Anthony Grafton señaló que «las notas al pie se extendieron rápidamente en la historiografía del siglo XVIII, en parte porque ya estaban de moda en las obras de ficción»⁴⁹. No obstante, Grafton también recordó la marcada oposición al detalle o la fecha minuciosa de críticos como Voltaire. Era un terreno controvertido, en que los filósofos y literatos, en particular los franceses, representaban el extremo que había reaccionado ante una erudición para ellos inservible. Coexistieron, en suma, «coleccionistas eruditos de textos con críticos iconoclastas de la tradición histórica» tales como Richard Bentley, por un lado, o Alexander Pope por otro⁵⁰. Los traductores españoles de los clásicos aprendieron a moverse con cautela en ese escenario.

El propio Manuel de Valbuena, tan opuesto al estilo de Lipsio, era partidario de alguna erudición. Su traducción de los *Comentarios de Cayo Julio César* apareció en 1789, dedicada a Floridablanca y dirigida —como era común— a la «juventud española». El aspecto visual del libro es sin duda moderno. Va sin notas y, siguiendo los estándares del momento, presentaba la traducción acompañada por el texto original en cursiva en la segunda mitad de las páginas (imagen 7). Valbuena, por una parte, remitía a «cualquier libro de las Antigüedades romanas» para aclarar la naturaleza de los cargos públicos de César, pero por otra incluyó dos índices de topónimos latinos con sus traducciones y mostró su aprecio por las notas históricas, críticas y militares del conde Lancelot Turpin de Crissé, que quizá le hubieran «animado a poner notas a mi traducción»⁵¹.

⁴⁸ Valbuena, *Los comentarios de Cayo Julio César*, «prólogo», pp. XII-XIII.

⁴⁹ Grafton (1999: 121).

⁵⁰ Grafton (1999: 97). Ver también Barker (1978: 38-39).

⁵¹ Valbuena, «Prólogo», pp. XVII y XXIII-XXIV. Publicada en 1785, la edición de Crissé presentaba el texto bilingüe en dos columnas: la izquierda reproducía la edición en folio de Clarke (Londres: Jacob Tonson, 1712), la derecha la traducción francesa de Wailly y añadía notas al pie, largas aunque no muy numerosas.

La traducción de la *Iliada* de Homero en endecasílabos por Ignacio García Malo se presentó en tres tomos (1788), con un largo discurso preliminar de noventa páginas, pero limpia después de cualquier nota (imagen 8)⁵². Por su parte, José Ortiz y Sanz se lamentó en su traducción de las obras de Diógenes Laercio (1792) de la escasez de traducciones de autores griegos, señalando que las pocas de los siglos XVI y XVII «han venido a ser tan raras que se han hecho apreciables a pesar de la imperfección y el desaliño de casi todas». ⁵³ Junto al conocido tópico del desprecio o desconocimiento hispano por el griego clásico, encontramos la apreciación, igualmente relevante, sobre imperfección y desaliño, contrarios a los presupuestos de corrección y cuidado que se esperaban en las ediciones de la época. Ciertamente, la suya no es una traducción sin notas, pero Ortiz y Sanz se distancia de esa labor dos veces en el prólogo. La primera tiene que ver con las opiniones gentiles, para las cuales ha «notado en sus propios lugares lo conveniente aunque con suma brevedad, en beneficio de la gente joven y sencilla, especialmente quando se ofrecen opiniones ajenas a la sana Moral»⁵⁴. Notas innecesarias, hemos entonces de suponer, para lectores adultos de sano juicio. En segundo lugar, vuelve a sugerir su moderación en el uso de este recurso, señalando que lo ha reservado para indicaciones sobre términos ambiguos: «las Notas que pongo al pie del texto á solo esto se dirigen, y a explicar algunas cosas no muy comunes y triviales»⁵⁵.

José de Goya y Muniain ofrece un muy peculiar caso de «retraducción» al apropiarse, sin reconocimiento alguno, de tres traducciones realizadas por tres jesuitas expulsados, como mostró Miguel Batllori⁵⁶. Pese a que ninguna de las traducciones era suya, supo hábilmente presentarlas al rey Carlos IV, al Príncipe de Asturias y a Gaspar Melchor de Jovellanos. Supo también ajustarlas a los usos tipográficos del momento y beneficiarse de la cercanía a la casa real a la hora de imprimirlos.

Los *Comentarios* adornados con láminas de Salesa y Carnicero se comparan por sus cualidades materiales con el Salustio de 1772. Goya y Muniain explicó que los *Comentarios* habían sido presentados al mismo infante D. Gabriel (hermano del ahora dedicatario Carlos IV) y que éste no sólo los había apreciado, sino que «los quiso honrar imprimiéndolos con hermosura y magnificencia igual a la de su mismo Salustio Español»⁵⁷. En lo que respecta al estilo «llano, natural y claro» y al vocabulario, Goya insiste en la importancia de imitar a los maestros españoles del siglo XVI⁵⁸.

⁵² *La Iliada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano por D. Ignacio García Malo.*

⁵³ *Los diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Traducidos de la lengua griega é ilustrados con algunas notas por D. Josef Ortiz y Sanz, prólogo, p. I-II.*

⁵⁴ *Los diez libros de Diógenes Laercio, prólogo, p. VI.*

⁵⁵ *Los diez libros de Diógenes Laercio, prólogo, p. VII.*

⁵⁶ Batllori (1966: 124-125).

⁵⁷ Goya y Muniain, *Comentarios*, «Dedicatoria al rey».

⁵⁸ Goya y Muniain, *Comentarios*, prólogo, pp. VII-VIII.

En el caso de la edición bilingüe de la poética de Aristóteles, hábilmente dedicada a Gaspar Melchor de Jovellanos, Goya y Muniain expresa su deseo de alinearse con traducciones de los clásicos relativa o aparentemente limpias. En lo tocante a las notas, promete en su prólogo incluir

no mas que las precisas; procurando aligerarlas de erudicion que no sea escogida: pues comoquiera que sería cosa muy facil amontonarlas y cargarlas de noticias obvias y comunes; todavía teniendo por cierto que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, aun de las malas, se estima en algo; he cercenado á las veces Notas enteras: que por eso se podrá estrañar el que no las haya donde quizás fueran menester⁵⁹.

No obstante, acabó excusándose por haber «traspasado los límites» y por el «fastidio» que podía haber causado a sus lectores⁶⁰. Pese a la segura insinceridad de la disculpa, el motivo de la nota fastidiosa está muy claro. El plagiarlo, en los prólogos y notas de estas obras, se preocupó especialmente por defender las traducciones como muestras del español propio y puro, dotado de un estilo, riqueza y precisión capaces de competir con el invasivo francés del momento. Muniain no es en realidad traductor, pero sí un gran exponente de la importancia de las traducciones de clásicos para competir con otras naciones rivales. Y sabe bien que esa competencia no es exclusivamente estilística, sino que también afecta al aspecto material de las ediciones.

Retraducir es una operación históricamente necesaria de puesta a punto de una traducción anterior, pues, como preguntaba José Luis Munárriz en 1798, ¿«quién se contentará siempre» con las versiones de la *Eneida* o las *Geórgicas* del siglo XVI⁶¹? Retraducir responde a la necesidad de adaptar la versión de un texto que no se adecua ya a los usos de la cultura de llegada, y este artículo ha mostrado que tanto las razones de ese descontento como los modos para solventarlo fueron múltiples. Para los editores y traductores aquí analizados, una buena parte del problema era que las anteriores ediciones de los clásicos no permitían acceder a su lectura de un modo simple y directo. Los comentarios y observaciones de muchas ediciones del siglo XVII dificultaban tanto el acceso material al texto como la interpretación del mismo, y para remediar este problema se promovió la impresión de traducciones que ocupasen la mayor parte de la página, acompañadas únicamente del original latino al pie. Naturalmente, los traductores de los clásicos al español en el siglo XVIII también discutieron sobre el léxico que debían emplear; sobre el uso de palabras castizas y antiguas frente a los préstamos modernos; sobre versiones literales y generales; sobre los múltiples problemas de traducir el verso latino y griego al castellano; sobre la poética implícita en esas elecciones

⁵⁹ Goya y Muniain, *Poética de Aristóteles*, p. IV.

⁶⁰ Goya y Muniain, *Poética de Aristóteles*, pp. 137-138.

⁶¹ Munárriz, *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras... de Hugh Blair*, t. 1, «Advertencia del traductor», p. XIX.

métricas. Reflexionaron sobre la creación de un canon que soportase la construcción de una identidad nacional. Pero quisieron también ofrecer al público unos libros que se leyese de un modo distinto y que no desmereciesen frente a las elegantes ediciones que publicaban los más destacados impresores europeos.

En su *Desengaño de malos traductores* Antonio Ranz Romanillos conducía al imaginario visitante de una imaginada República de las Letras hacia la biblioteca. Antes de llegar a ese edificio, el sabio que lo guiaba le advertía que no esperase una gran construcción. No había en aquella biblioteca más de una copia de cada libro, pues «con uno solo de edición correcta nos contentamos». En aquella República ideal –insistía ese acompañante– «las glosas, anotaciones y comentarios andan muy desterrados»⁶². Ranz Romanillos hacía suyo el programa de Montesquieu y muchos otros, que aplicaría también en sus propias traducciones. Sus *Vidas de Plutarco*, aparecidas en 1821, recuperaban por una parte el juicio de Diego Gracián –traductor de Plutarco en el XVI– sobre la correspondencia específica y cercana entre griego y español. Pero esa edición también pretendía cumplir las aspiraciones de un siglo XVIII empeñado en producir textos en todos los sentidos claros y puros. Ranz reafirmaba en el prólogo su desconfianza hacia las notas eruditas, «doctrinales y de interpretación», que no considera «necesarias». Se había consolidado un nuevo modo de lectura de los textos griegos y latinos, pues el objetivo de las pocas notas conservadas es que aparezcan en los pies «sin casi detener la lección»⁶³.

BIBLIOGRAFÍA

- Balbuena, Manuel de (1789): *Los comentarios de Cayo Julio César*, Madrid, Imprenta Real.
- Barker, Nicolas (1978): «The restoration of classical scholarship», *The Oxford University Press and the spread of learning, 1478-1978: an illustrated history*. Oxford, Clarendon Press.
- Barker, Nicolas (1981): «Typography and the meaning of words: the revolution in the layout of books», en Giles Barber y Bernhard Fabian (eds.), *Buch und Buchhandel in Europa im achtzehnten Jahrhundert. Vorträge vom fünften Wolfenbütteler Symposium vom 1. bis 3. November 1977*, Hamburgo, Biblioteca Wolfenbüttel.
- Barker, Nicolas (2010): «The morphology of the page», en Suarez y Turner (eds.), *The Cambridge History*, pp. 260-261.
- Barnaby Cullen, Ian Maclean y Arthur der Weduwen (eds.): *Early modern publishers: identities and strategies in the book trade*. Leiden, Boston, Brill, 2025.
- Barrena, Clemente, Javier Blas, Juan Carrete y José Miguel Medrano, eds. (2004): *Caligrafía Nacional: catálogo general*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Caligrafía Nacional.
- Batllo, Miguel (1966): *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos: españoles, hispano-americanos, filipinos, 1767-1814*. Madrid, Gredos.
- Beavan, Iain y Warren McDougal (2010): «The Scottish book trade», en Suárez y Turner (eds.), *The Cambridge History*.

⁶² *Desengaño de malos traductores* [...] por Arnoldo Filonoo, pp. 9 y 10.

⁶³ Ranz Romanillos, 1821-1830, pp. xx-xxi.

- Blair, Ann (1992): «Humanist methods in natural philosophy: the commonplace book», *Journal of the History of Ideas* 53, 4: 541-51.
- Brown, Stephen W. y Warren McDougall, eds. (2011): *The Edinburgh History of the book*.
- Burke, Peter, and Ronnie Po-Chia Hsia, eds. (2007): *Cultural translation in early modern Europe*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Castillo Gómez, Antonio (2001-2002): «“No Pasando por ello como gato sobre brasas”». Leer y anotar en la España del Siglo De Oro», *Leituras. Revista da Biblioteca Nacional*, 9-10 (2001-2002): 99-121.
- Comentarios de Cayo Julio César*, Madrid, Imprenta Real, 1798.
- Darnton, Robert (2007): «“What is the history of books?” revisited», *Modern Intellectual History* 4, n° 3, pp. 495-508.
- Desengaño de malos traductores* [...] por Arnolfo Filonoo. Madrid, Pantaleón Aznar, 1796.
- Felton, Henry (1713): *A dissertation on reading the classics*, Londres, Jonah Bowyer.
- Galán, Guillermo «La traducción de las letras griegas en el siglo XVIII», *Historia de la traducción en España* <<https://phte.upf.edu/hte/siglo-xviii/galan/>>, consultado el 7 de mayo de 2025.
- Gil Fernández, Luis (1976): *Campomanes: Un Helenista En El Poder*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.
- Gil Fernández, Luis (1995), «El griego en la educación de las élites españolas del siglo XVIII», *Bulletin Hispanique*, 97, 1: 279-298.
- Gossman, Lionel (2000): «Spreading the word: Scottish publishers and English literature, 1750-1900», *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 109, 2: 1-161.
- Goya y Muniaín, José de (1798): *Comentarios de Julio Cayo César*. Madrid, Imprenta Real.
- Goyet, Francis (1996): *Le sublime du «lieu commun». L'invention rhétorique dans L'Antiquité et à la Renaissance*. París, Honoré Champion.
- Grafton, Anthony (1999): *The footnote. A curious history*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Grafton, Anthony (2020): *Inky Fingers: The Making of Books in Early Modern Europe*. Cambridge (Massachusetts), Belknap Press.
- Hardwood, Edward (1775): *A view of the various editions of the Greek and Roman Classics*, Londres, T. Becket.
- Havens, Earle (2001): *Commonplace books. A history of manuscripts and printed books from Antiquity to the twentieth century*. New Haven, Beinecke Rare Book and Manuscript Library.
- Homero, *Tes tou homerou illiados*. Glasgow, Robertus et Andreas Foulis, 1756.
- Infantes, Víctor François Lopez y Jean-François Botrel, eds. (2003): *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Iñurritegui, José María y Julio A. Pardos, eds. (2025): *La nación traducida*, Madrid, Marcial Pons.
- La Iliada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano por D. Ignacio García Malo*. Madrid, Pantaleón Aznar, 1788.
- Lafarga, Francisco, y Luis Pegenaute, eds (2004): *Historia de la traducción en España*. Salamanca: Ambos Mundos.
- Los diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Traducidos de la lengua griega é ilustrados con algunas notas por D. Josef Ortiz y Sanz*. Madrid, Imprenta Real, 1792.
- McKenzie, Donald (1999a): «The book as expressive form» [1985], en *Bibliography and sociology of texts*. Cambridge, Cambridge University Press.
- McKenzie, Donald (1999b): *Bibliografía e sociología dei testi*, Milán, Sylvestre Bonnard.
- Montesquieu, Charles-Louis de Secondat (2010): *Cartas persas*. Madrid, Biblioteca Nueva.

- Moss, Ann (1996): *Printed commonplace-books and the structuring of Renaissance thought*. Oxford, Clarendon Press.
- Moss, Michael (2011): «Glasgow», en Stephen W. Brown y Warren McDougall (eds.), *The Edinburgh History of the book in Scotland. Volume 2: Enlightenment and Expansion 1707–1800*, Edimburgo, University of Edinburgh Press.
- Munárriz, José Luis (1798): *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras... de Hugh Blair*, Madrid, Oficina de Antonio Cruzado.
- Murray, David (1913): *Robert and Andrew Foulis and the Glasgow press with some account of the Glasgow Academy of the Fine Arts*, Glasgow, James MacLehose and Sons.
- Obras de Cayo Crispo Salustio en Español*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1772
- Olaechea Labayen, J. B. (1997), «El infante don Gabriel y el impresor Ibarra en la obra cumbre del Salustio», *Arbor*, 156 (616): 99-130.
- Pellicer y Saforcada, Juan Antonio (1778): *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*. Madrid, Antonio de Sancha.
- Piggot, Stuart (1989): «The British Antiquaries» en *Ancient Britons and the antiquarian imagination. Ideas from the Renaissance to the Regency*. Londres, Thames and Hudson, pp. 13-35.
- Publii Virgilii Maronis Bucolica, Georgica et Aeneis*. Birminghamiae, Typis Johannis Baskerville, 1757.
- Ranz Romanillos, Antonio (1821-1830): *Las Vidas Paralelas de Plutarco*. Traducidas de su original griego en lengua castellana por el Consejero de Estado D. Antonio Ranz Romanillos, Madrid, Imprenta Nacional.
- Ruiz Casanova, José Francisco (2018): *Ensayo de una historia de la traducción en España*. Madrid, Cátedra.
- Russell Barker, G. F. (1895): *Memoir of Richard Busby, D.D. (1606-1695) with some account of Westminster School in the seventeenth century*. Londres, Lawrence and Bullen.
- Salustio traducido en castellano*, Madrid, Manuel González, 1786.
- Scott, Walter (1816): *The Antiquary*. 3 vols. Edimburgo, Archibald Constable y Londres: Longman, Rees, Orme, Brown and Green.
- Settis, Salvatore (2006): *El futuro de lo clásico*. Madrid, Abada.
- Sweet, Rosemary (2001): «Antiquaries and Antiquities in Eighteenth-Century England», *Eighteenth-Century Studies* 34, no. 2: 181-206.
- Tácito, Cayo Cornelio (1794): *Obras*. Madrid: Imprenta Real.
- The Works of Virgil ... Translated into English Verse; by Mr. Dryden*. Londres, Jacob Tonson, 1697.
- The Works of Virgil: Containing his Pastorals, Georgics, and Aeneis. Translated into English Verse; by Mr. Dryden. Adorn'd with a Hundred Sculptures*, Londres, Jacob Tonson, 1607.
- Venuti, Lawrence (2008): *The Translator's Invisibility: A History of Translation. Second edition*. Londres; Nueva York, Routledge.
- Volpilhac-Auger, Catherine (1983): «Tacite et Montesquieu», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, 1, pp. 79-89.
- Walsh, Marcus (2010) «Scholarly editing: patristics, classical literature and Shakespeare», en Michael F. Suarez and Michael L. Turner, eds., *The Cambridge history of the book in Britain. Vol. V, 1695-1830*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 686-687.

APÉNDICE

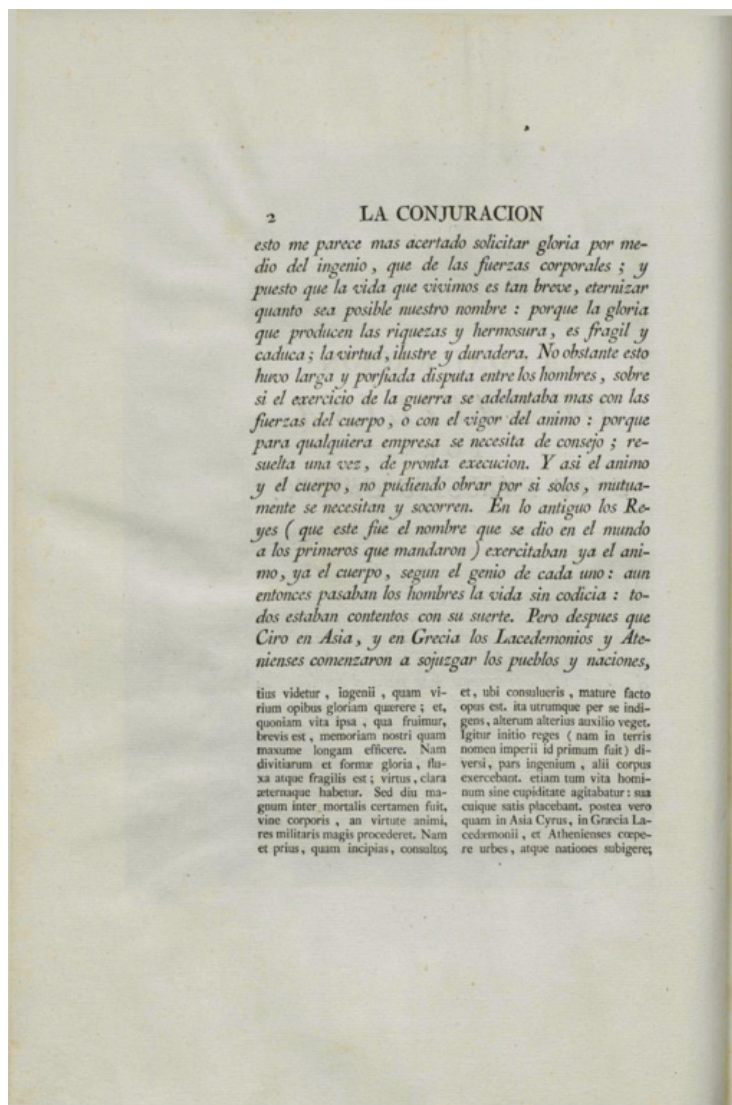


Imagen 1. Página 2 de Cayo Crispo Salustio, *Conjuración de Catilina*, Madrid: Ibarra, 1772. Traducción de Gabriel de Borbón.

6 GUERRA

a Nomadis adelante, y mas libremente con el dis-
quiere dezir guito que recibo delas coñumbres de
en Griego, la Ciudad, aora bueluo á mi propo-
Pastores, sito.

porque aque He de escriptuir la guerra que el Pue-
blos pueblos blo Romano truxo con Iugurtha, Rei
andabá sie de los Numi las a, así porque fue
pre en los cá grande y atroz, anlando tan du' osí
por tras sus la vitoria, como porque enronces se
ganados yia començo á resistir á la toberbia de los
mayor par- nob'es, y confín'io esta contienda
te aellos mo todas las cosas diuinas y humana, y
raba en cho llegó á tanto el furor, que no se aca-
cas.

b Iuan Leb, nos fino con lá guerra y de' troicion
á quien cita de Italia: mas antes que declare el
Ortelio, di- principio destas cosas, repetiré algu-
ze, que sta nas para que con el as se entien tan y
region se lla conozcan mas faci mente las de mas.
ma Biledul.

En la segunda guerra contra los
gerid, y Luis Cartáginies, en que el Capitá de los
del Marmol ene higos, Anibal, aui qe orantado
Carandayal la grandeza del nombre Romano, y
pone el mij- las faercas de Italia, Mafsanissa Rei
mo nombre de Numidia b, á quien recibio por
mas distin- amigo Publio Scipion (el que por su
tamente, y virtud tuuo despues el nóbre de Afri-
de sta mane- cano

ra: Eled el Gerid, que es la tierra de los Datiles.

DE IUGURTHA. 7

cano) hizo muchas y mui señaladas
hazañas, có que despues de venci los
los Cartagineses, y preso el Rei Sy-
phax, que poseia en Africa vn Reino
grande y poderoso, le hizo donacion
el Pueblo Romano de todas las vi-
llas y tierras que auia tomado, y así
conseruamos con prouecho y honra
la a n' stá l de Mafsanissa, que acabó
de la misma manera si vira, é impe-
rio, dexamtole to lo á su hijo Micipsa,
Hereda su
porque ya auia muerto sus hermanos
Mafsanabal y Guluf a.
cipja.

Este Micipsa engendró á Adherbal
y Hicnpsal, y crió en su casa, tratán-
dole del mismo modo que á sus hijos:
á Iugurtha, hijo de su hermano Maf-
sanabal, que quedó desheredado de
gurtba.

Mafsanissa, por no ser legitimo, el qual
en llegando á los años de la juventud
tuuo mui buen tallo, y grandes fier-
gas, pero como tenia aun mejor inge-
nio, no se dexó corromper de los vi-
cios, ni de la ociosidad, antes confor-
me á la coñumbre de aquella nacion,
iba de ordinario á cavallo, tirando el
dardo, y corríen lo con sus iguales, y
aunque se auentajaba á todos, era bié

A 4 quif.

Cuyas coñ-
tumbres
declara.

Imagen 2. Páginas 6 y 7 de Salustio, *Guerra de Yugurta*, Madrid, Francisco Martínez, 1632. Traducción de Emanuel Sueiro.

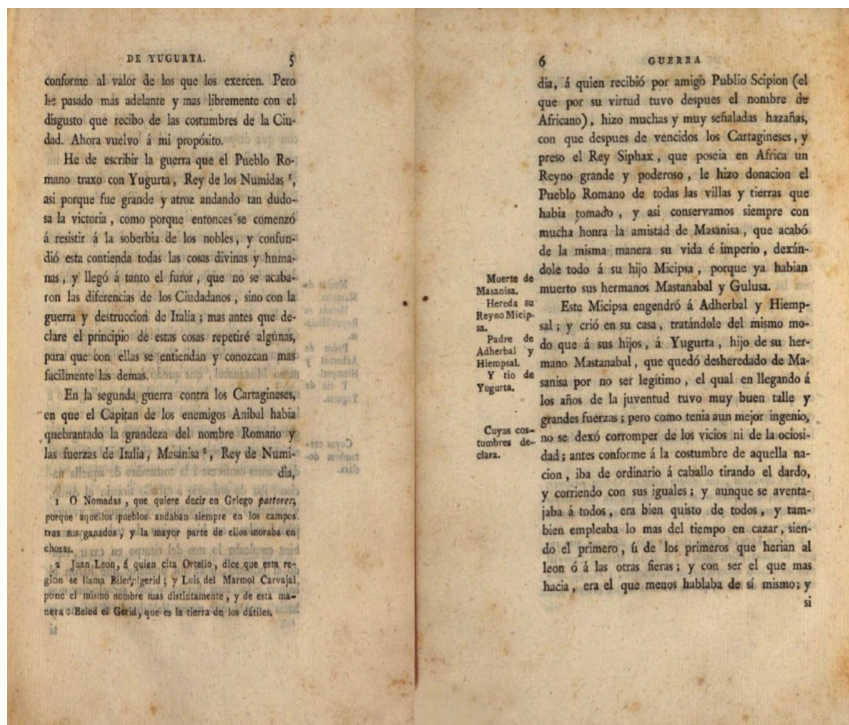


Imagen 3. Páginas 5 y 6 de Salustio, *Guerra de Yugurta*. Madrid: Imprenta real, 1786. Reproducen el mismo texto, notas y apostillas que las de la imagen 2.

2 LA CONJURACION

quienes naturaleza crió inclinadas á la tierra y siervas de su vientre. Nuestro vigor y facultades consisten todas en el ánimo y el cuerpo: de este usamos mas para el servicio, de aquel nos valemos para el mando: en lo uno somos iguales á los dioses, en lo otro á los brutos. Por esto me parece mas acertado solicitar gloria por medio del ingenio, que de las fuerzas corporales; y puesto que la vida que vivimos es tan breve, eternizar quanto sea posible nuestro nombre: porque la gloria que producen las riquezas y hermosura, es frágil y caduca; la virtud, ilustre y dura-

na atque ventri obedientia finxit. Sed nostra omnis vis in animo et corpore sita: animi imperio, corporis servitio, magis utimur. Alterum nobis cum diis, alterum cum belluis, commune est. Quod mihi rectius videtur ingenii quam virium opibus gloriam quærere, et, quoniam vita ipsa quam fruimur brevis est, memoriam nostri quam maxumè longam efficere. Nam

Imagen 4. Página 2 de Salustio, *Conjuración de Catilina*. Madrid: Imprenta Real, 1804. Traducción de Gabriel de Borbón.

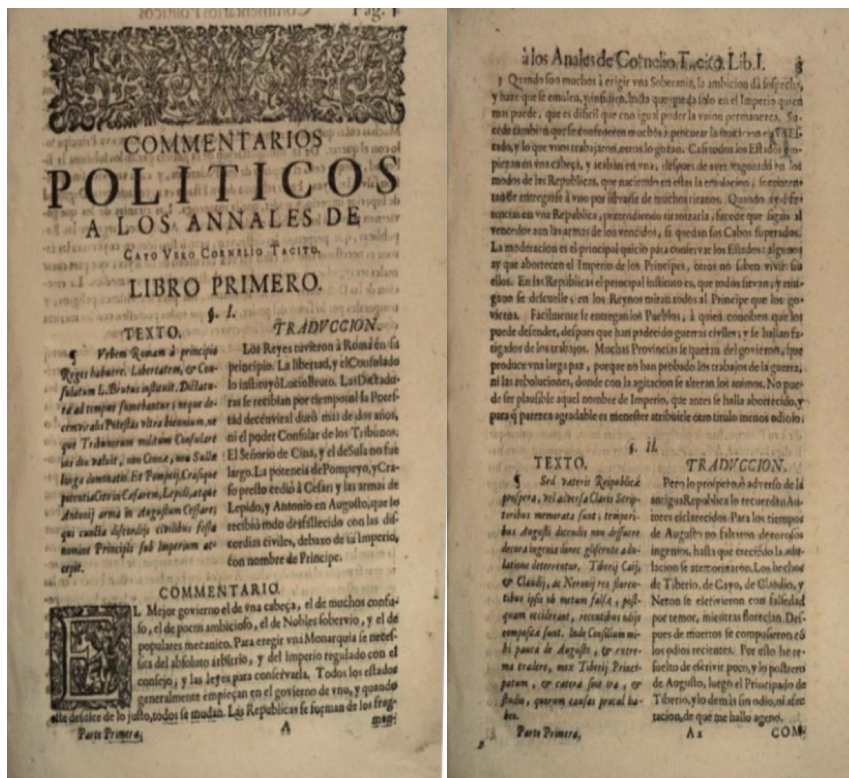


Imagen 5. Páginas 1 y 3 de los *Comentarios políticos* de Juan Alfonso de Lancina (1678).

sular de los Tribunos militares duró mucho. No fué largo el señorío de Cinna, ni el de Silla; y la potencia de Pompeyo, y Craso tuvo fin en Cesar, como las armas de Antonio y Lepido en Augusto, el qual debaxo del nombre de Príncipe se apoderó de todo el Estado, exhausto, y cansado con las discordias civiles. Mas las cosas prósperas y adversas de la antigua República han sido contadas ya por claros escritores; y no faltaron ingenios para escribir los tiempos de Augusto, hasta que poco á poco se fuéron estragando al paso que iba creciendo la adulacion. Las cosas de Tiberio, de Claudio, y aun de Neron fueron escritas con falsedad, floreciendo ellos, por miedo; y despues de muertos, por los recientes aborrecimientos; de que me ha venido deseo de referir pocas cosas, y esas las últimas de Augusto; luego el principado de Tiberio y los demas, todo sin ódio ni afición, de cuyas causas estoy bien léjos.

Despues que por la muerte de Bruto y Casio cesaron las armas públicas, vencido Pompeyo en Sicilia, despojado Lepido, muerto Antonio, sin que del bando de los Julios quedase otra cabeza que Octavio Cesar; dexado por él el nombre de uno de los tres Varones, llamándose Consul, y por

natio : & Pompeii, Crassique potentia cito in Caesarem; Lepidi, atque Antonii arma, in Augustum cessere; qui cuncta discordiis civilibus fessa, nomine Principis sub imperium accepit. Sed veteris populi Romani prospera vel adversa, claris scriptoribus memorata sunt: temporibusque Augusti dicendis non defuere decora ingenia; donec gliscente adulatione detererentur. Tiberii, Caligulae, et Claudii, ac Neronis res, florentibus ipsis, ob metum falsae; postquam occiderant, recentibus odiis compositae sunt. Inde consilium mihi, pauca de Augusto, et extrema tradere; mox Tiberii principatum, et caetera, sine ira et studio, quorum causas procul habeo.

Postquam, Bruto et Cassio caesis, nulla iam publica arma; Pompeius apud Siciliam oppressus; exutoque Lepido, interfecto Antonio, ne Iulianis quidem partibus, nisi Caesar, dux reliquus; posito Trium-

Imagen 6. Página 2 de la edición de Sixto y Exquerra de las *Obras de Tácito* en 1794.

4

LIBRO PRIMERO

nio y Quinto Casio : dióse cuenta al instante de la oposicion de los Tribunos. Hubo pareceres muy fuertes : el que con mas crueldad y severidad dió su voto , fue el mas aplaudido por los enemigos de Cesar.

Despedido el Senado por la tarde , llamó Pompeyo á todos los del orden senatorio , alabó á los que se mostraron prontos , y los aseguró para adelante : reprehendió y incitó á los mas remisos. Fueron tambien llamados muchos de los exercitos antiguos de Pompeyo , con esperanza de premios y grados , y otros de las dos legiones que Cesar habia entregado. Llenose la ciudad de gente de guerra. Juntó C. Curion á los Tribunos del pueblo para mantener el derecho de los comicios. Vinieron al Senado todos los amigos de los Consules, de Pompeyo, y de todos aquellos que tenian con Cesar antiguas enemistades; con cuyas voces y concurso se amedrentaron los mas debiles, y se aseguraron los dudosos, quitandose á los mas la facultad de votar libremente. Prometieron el Censor L. Pison y el Pretor L. Roscio ir á dar parte á Cesar de estas cosas,

pi-

tonius , Q. Cassius , Tribuni plebis. Refertur confestim de intercessione Tribunorum : dicuntur sententiae graves. Ut quisque acerbissimè , crudelissimeque dixit , ita quàm maximè ab inimicis Caesaris collaudatur.

Misso ad vesperum Senatu , omnes , qui sunt eius ordinis , à Pompeio evocantur. Laudat Pompeius , atque in posterum confirmat : segniores castigat , atque incitat. Multi undique in veteribus Pompeii exercitibus , spe praemiorum , atque ordinum , evocantur ; multi ex duabus legionibus , quae sunt traditae à Caesare , arcessuntur. Completur urbs. Ad ius Comitiorum Tribunos plebis C. Curio evocat. Omnes amici Consulum , necessarii Pompeii , atque eorum , qui veteres inimicitias cum Caesare gerebant , coguntur in Senatum : quorum vocibus , et concursu terrentur infirmiores , dubii confirmantur ; plerisque verò liberè potestas discernendi eripitur. Pollicetur L. Piso Censor , sese iturum ad Caesarem , item L. Roscius Praetor , qui de his rebus eum do-

Imagen 7. Página 4 de *Los comentarios de Cayo Julio Cesar de la guerra civil*. Madrid: Imprenta Real, 1789.

Traducción de Manuel de Valbuena

(3)

„¡Ojalá que los Dioses del Olympos
 „Permitan destruyais por vuestras manos
 „La ciudad de Priamo, y os concedan
 „Volver á vuestra patria felizmente!
 „Dignaos entregarme mi hija amada,
 „Aceptando estos dones que os ofrezco,
 „Y respetad en mí al excelso Apolo,
 „Hijo del grande Júpiter Tonante,
 „Que arroja las saetas muy distante.“

Entonces opinaron comunmente
 Todos los demás Griegos, que debia
 Respetarse el carácter venerable
 Del Ministro de Apolo, y recibirse
 Los esplendidos dones que ofrecía.
 Mas solo Agamenón inexorable
 Despreció estos consejos, poseído
 De una cólera ciega, y muy severo
 Despidió al Sacerdote con desayre.
 „Huye anciano (le dice), huye al momento
 „Lexos de aquestas naves, y no pongas
 „Tus temerarios pies jamás en ellas.
 „En vano con el cetro y la corona
 „Del inmortal Apolo, aqui has venido.
 „Nunca yo dexaré tu amada hija,
 „Hasta que la vejez llégue á cogerla,

A 2

Imagen 8. Página 3 de *La Iliada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano por D. Ignacio García Malo*. Madrid: Pantaleón Aznar, 1788.